

Entrada desde la perspectiva de la Fe Seguir a Cristo

“Se ponía ya en camino, cuando uno corrió a su encuentro y arrodillándose ante él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué debo hacer para tener en herencia la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No mates, no cometas adulterio, no robes, no levantes falso testimonio, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre. Él, entonces, le dijo: Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud. Jesús, fijando en él su mirada con cariño, le dijo: Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme.” (Evangelio de Marcos cap. 10, 17-21)



***Evangelio según San Marcos,
10, 22-23***

"22. Al oír esto se desanimó totalmente, pues era un hombre muy rico, y se fue triste. 23. Entonces Jesús paseó su mirada sobre sus discípulos y les dijo: «¿Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!»"

Al escuchar este relato del evangelio podríamos pensar que se trata de una llamada a la vida consagrada como religiosos, religiosas, sacerdotes. Como si esta forma de vida estuviera apoyada en la expresión “dar todo a los pobres y luego seguir a Jesús”. Sin embargo, es el relato del llamado a ser discípulos de Jesús. Un relato que nos concierne a todos.



Jesús conoció a mucha gente en los caminos de Galilea, pero no todos se convirtieron en sus discípulos. La multitud que vino de Judea, Jerusalén y más allá del Jordán se agolpaban a su alrededor y, a algunos hombres y mujeres, su palabra y sus gestos les hacían mucho bien. Pensemos si no en la hemorroísa, en Zaqueo, en la mujer sirio-fenicia. Sin embargo, ellos no lo siguieron, no se convirtieron en sus discípulos. La actitud del discípulo es caminar detrás, seguir al Maestro.

Por otro lado, algunas personas que Él encuentra en el camino, en pueblos y aldeas, van a seguir a Jesús, ellos escucharán su llamado: "¡Sígueme!".

La vocación cristiana

Hablar de vocación es hablar de una "llamada". Es Jesucristo quien llama. Oímos "vocación" y a menudo pensamos en vida religiosa, en consagrados. Sin embargo, hablar de vocación es hablar de vocación cristiana. Por nuestro bautismo, al ser ungidos como sacerdotes, profetas y reyes, todos somos llamados a poner nuestros pasos tras Jesús, el Cristo, para seguir su camino. La vocación cristiana es respuesta al llamado a ser seguidores de Cristo.

El discípulo quiere conocer al Maestro: "¿Dónde vives? (Evangelio de Juan cap. 1,38). Él lo quiere conocer para amarlo y seguirlo más. El discípulo quiere tomar el camino de Jesús, ir tras sus pasos. Los relatos evangélicos cuentan la vida de Jesús y aquello en lo que se convierte para aquellos que se cruzan en su camino. A aquellos que responden a su llamado y se convierten en sus discípulos, Él comunica, poco a poco, su identidad, su forma de ser, que se convierte, como veremos, en la forma misma de la existencia del discípulo.

Convertirse en discípulos de Jesucristo, en intimidad con Él, pide estar a la escucha y ser dóciles a la vida del Espíritu. Esto es lo que vemos en el llamado al "joven rico" que, impulsado por un profundo deseo de vida, de "vida eterna", le dice a Jesús que observa todos los mandamientos desde su juventud. Jesús le responde: "solo uno te falta; ve, lo que tienes, véndelo, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven, sígueme". Esta llamada que le hace Jesús va más allá y es superación del mero cumplimiento de la ley. "Ven, sígueme" es una llamada a mi libertad, que supera el mero cumplimiento y me invita a entrar en una historia, la historia de Cristo. Su historia se convertirá en mi propia historia, una historia que invento hoy con él, que se irá gestando con mi "sí" y en la libertad de Su Espíritu. Por lo tanto, convertirse en discípulos de Jesús es un llamado a entrar en la vida en el Espíritu. Esta es la única vocación cristiana.

Entrar a la vida en el Espíritu.

Volvamos al Evangelio e imaginemos. Un hombre camina en la noche en los oscuros callejones de Jerusalén. Escucha el sonido de sus pasos. Él tiene una cita importante. Este hombre es un notable judío, un estudiado, un médico de Israel, reconocido como el que enseña la sabiduría de la Ley, la Torá. Su nombre es Nicodemo. Él viene a encontrarse con Jesús. "Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas, si Dios no está con él. Jesús le respondió: En verdad, en verdad te digo que el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios. Nicodemo le preguntó: ¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer? Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo que el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne es carne; lo nacido del Espíritu es espíritu. No te asombres de que te haya dicho que tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere, y oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo el que nace del Espíritu" (Evangelio de Juan 3, 1-8).

Escuchamos en esta historia cómo Jesús ayuda a Nicodemo a descubrir la vida en el Espíritu. Nicodemo es un hombre de la Torá. Él conoce la sabiduría de la Ley, pero incluso siendo un estudioso y sabiendo muchas cosas, está en la noche. Acceder al "Reino de Dios", no es una cuestión de observancia de la ley o de conocimiento, sino de nacimiento. Se trata de "nacer de nuevo", "nacer desde arriba". Siempre se trata de nacer a la vida en el Espíritu. De hecho, practicar tal o cual virtud, obedecer la ley o cumplir mandamientos no te permite acceder completamente a la vida en el Espíritu.

Jesús mismo fue un hombre de discernimiento. Un hombre dócil al Espíritu. Como lo vemos en muchos episodios del Evangelio, estaba constantemente tratando de reconocer su camino en la oración a su Padre. Su vida no fue planeada de antemano. Tomar en serio, este discernimiento es tomar en serio su humanidad.

Un episodio significativo es el de la mujer griega, de origen sirio-fenicio, cuya niña tenía un "espíritu inmundo". Después de las tensiones con los fariseos y los escribas, Jesús se ha retirado a un país pagano en la región de Tiro, y Él no quiere ser conocido. Sin embargo, esta mujer griega lo reconoce y le pide "arrojar al diablo de su hija". Jesús al comienzo, se niega a tal pedido: "Primero permitan que los niños se sacien. Porque no está bien tomar el pan de los niños y arrojarlo a los cachorros". Sus palabras son duras. Jesús parece entender su misión solo en el contexto de Israel, con quien Dios ha hecho pacto (Evangelio de Mateo cap. 15,24). Sin embargo, Jesús escucha la reacción completa de la mujer. Él oye su "palabra". Él no se encierra en su posición, no intenta discutir más, se deja impactar por esta palabra y se mueve en sus convicciones. Por esta "Palabra", él libera a la niña. Jesús es un hombre que puede dar la bienvenida al otro hasta el punto de ser transformado por él. Se deja desalojar de sus certezas. De ahora en adelante, después de este encuentro, Jesús se abrirá a los gentiles y a viajar por su país. Este encuentro, de hecho, le permitió discernir su misión.

El discípulo es llamado a su vez a entrar en la vida del Espíritu, es llamado a discernir cómo seguir a Jesús en el mundo de hoy, cómo ser dóciles a su Espíritu. Este llamado es también para ti.

